



Lectura del Santo Evangelio según san Mateo 5, 13-16

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente.

Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa.

Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos.»



SAL Y LUZ, DOS IMÁGENES PARA EL CRISTIANO (Benedicto XVI)

En el Evangelio de este domingo el Señor Jesús dice a sus discípulos: «*Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo*» (Mt 5, 13.14). Mediante estas imágenes llenas de significado, quiere transmitirles el sentido de su misión y de su testimonio. La sal, en la cultura de Oriente Medio, evoca varios valores como la **alianza, la solidaridad, la vida y la sabiduría**. La luz es la **primera obra de Dios creador** y es fuente de la vida; la misma Palabra de Dios es comparada con la luz, como proclama el salmista: «*Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero*» (Sal 119, 105). Y también en la liturgia de hoy, el profeta Isaías dice: «*Cuando ofrezcas al hambriento de lo tuyo y sacies el alma afligida, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad como el mediodía*» (58, 10). La **sabiduría** resume en sí los efectos benéficos de la sal y de la luz: de hecho, los discípulos del Señor están llamados a dar nuevo «sabor» al mundo, y a preservarlo de la corrupción, con la sabiduría de Dios, que resplandece plenamente en el rostro del Hijo, porque él es la «*luz verdadera que ilumina a todo hombre*» (Jn 1, 9). Unidos a él, los cristianos pueden difundir en medio de las tinieblas de la indiferencia y del egoísmo la luz del amor de Dios, verdadera sabiduría que da significado a la existencia y a la actuación de los hombres.

CRISTO-LUZ VENCE LAS TINIEBLAS DEL MAL (Benedicto XVI)

Cristo dice de sí mismo: «*Yo soy la luz del mundo*» (Jn 8, 12), hace brillar nuestra vida, para que se cumpla lo que acabamos de escuchar en el Evangelio: «*Vosotros sois la luz del mundo*» (Mt 5, 14). No son nuestros esfuerzos humanos o el progreso técnico de nuestro tiempo los que aportan luz al mundo. Una y otra vez, experimentamos que **nuestro esfuerzo por un orden mejor y más justo tiene sus límites**. El sufrimiento de los inocentes y, más aún, la muerte de cualquier hombre, producen una oscuridad impenetrable...

Puede haber en nuestro entorno tiniebla y oscuridad y, sin embargo, vemos una luz: una pequeña llama, minúscula, más fuerte que la oscuridad, en apariencia poderosa e insuperable. Cristo, resucitado de entre los muertos, brilla en el mundo, y lo hace de la forma más clara, precisamente **allí donde según el juicio humano todo parece sombrío y sin esperanza...**

Queridos amigos, «*Yo soy la luz del mundo – vosotros sois la luz del mundo*», dice el Señor. Es algo misterioso y grandioso que Jesús diga lo mismo de sí y de nosotros todos juntos, es decir, «*ser luz*».

Si creemos que Él es el Hijo de Dios, que ha sanado a los enfermos y resucitado a los muertos; más aún, que Él ha resucitado del sepulcro y vive verdaderamente, entonces comprendemos que Él es la luz, la fuente de todas las luces de este mundo. **Nosotros, en cambio, experimentamos una y otra vez el fracaso de nuestros esfuerzos** y el error personal a pesar de nuestras buenas intenciones. No obstante los progresos técnicos, el mundo en que vivimos, por lo que se ve, nunca llega en definitiva a ser mejor. Sigue habiendo guerras, terror, hambre y enfermedades, pobreza extrema y represión sin piedad. E incluso aquellos que en la historia se han creído “portadores de luz”, pero sin haber sido iluminados por Cristo, única luz verdadera, no han creado ningún paraíso terrenal, sino que, por el contrario, han instaurado dictaduras y sistemas totalitarios, en los que se ha sofocado hasta la más pequeña chispa de humanidad.

Llegados a este punto, no debemos silenciar el hecho de que el mal existe. Lo vemos en tantos lugares del mundo; pero lo vemos también, y esto nos asusta, en nuestra vida. Sí, en nuestro propio corazón existe la inclinación al mal, el egoísmo, la envidia, la agresividad. ... En la historia, algunos finos observadores han señalado frecuentemente que **el daño a la Iglesia no lo provocan sus adversarios, sino los cristianos mediocres**. “*Vosotros sois la luz del mundo*”. Solamente Cristo puede decir: “*Yo soy la luz del mundo*”. Todos nosotros somos luz únicamente si estamos en este “vosotros”, que a partir del Señor llega a ser nuevamente luz. Y lo mismo que el Señor afirma de la sal, como signo de amonestación, que podría llegar a ser insípida, de igual modo en las palabras sobre la luz ha incluido una pequeña advertencia. En vez de poner la luz sobre el candelero, se puede meter debajo del celmín. Preguntémos: ¿cuántas veces ocultamos la luz de Dios bajo nuestra inercia, nuestra obstinación, de manera que no puede brillar por medio de nosotros en el mundo?

LOS BAUTIZADOS, LLAMADOS A SER LUZ (Papa Francisco)

En el Evangelio de este domingo, que está inmediatamente después de las Bienaventuranzas, Jesús dice a sus discípulos: «*Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo*» (Mt 5, 13.14). Esto nos maravilla un poco si pensamos en quienes tenía Jesús delante cuando decía estas palabras. ¿Quiénes eran esos discípulos? Eran pescadores, gente sencilla... Pero Jesús los mira con los ojos de Dios, y su afirmación se comprende precisamente como consecuencia de las Bienaventuranzas. Él quiere decir: **si sois pobres de espíritu, si sois mansos, si sois puros de corazón, si sois misericordiosos... seréis la sal de la tierra y la luz del mundo**.

Para comprender mejor estas imágenes, tengamos presente que la Ley judía prescribía poner un poco de sal sobre cada ofrenda presentada a Dios, como signo de alianza. La luz, para Israel, era el símbolo de la revelación mesiánica que triunfa sobre las tinieblas del paganismo. Los cristianos, nuevo Israel, reciben, por lo tanto, una misión con respecto a todos los hombres: con la fe y la caridad pueden orientar, consagrar, hacer fecunda a la humanidad. Todos nosotros, los bautizados, somos discípulos misioneros y estamos llamados a ser en el mundo un Evangelio viviente: con una vida santa daremos «sabor» a los distintos ambientes y los defenderemos de la corrupción, como lo hace la sal; y llevaremos la luz de Cristo con el testimonio de una caridad genuina. Pero si nosotros, los cristianos, perdemos el sabor y apagamos nuestra presencia de sal y de luz, perdemos la eficacia.

¡Qué hermosa misión la de dar luz al mundo! Es una misión que tenemos nosotros. ¡Es hermosa! Es también muy bello conservar la luz que recibimos de Jesús, custodiarla, conservarla. **El cristiano debería ser una persona luminosa, que lleva luz, que siempre da luz. Una luz que no es suya, sino que es el regalo de Dios**, es el regalo de Jesús. Y nosotros llevamos esta luz. Si el cristiano apaga esta luz, su vida no tiene sentido: es un cristiano sólo de nombre, que no lleva la luz, una vida sin sentido.

Pero yo os quisiera preguntar ahora: ¿cómo queréis vivir? ¿Como una lámpara encendida o como una lámpara apagada? ¿Encendida o apagada? ¿Cómo queréis vivir? [la gente responde: ¡Encendida!] ¡Lámpara encendida! Es precisamente Dios quien nos da esta luz y nosotros la damos a los demás. ¡Lámpara encendida! Ésta es la vocación cristiana.

ESTAMOS OBLIGADOS A NO OCULTAR LA LUZ (San Cromacio)

Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en lo alto del monte; ni se enciende una lámpara para meterla bajo el celemín, sino para ponerla sobre el candelero, así alumbrá a todos los que están en la casa. El Señor dijo a sus discípulos que eran la sal de la tierra, porque ellos, por medio de la sabiduría celestial, condimentaron los corazones de los hombres que, por obra del demonio, habían perdido su sabor. Ahora añade también que son la luz del mundo, ya que, **iluminados por Él mismo**, que es la luz verdadera y eterna, se convirtieron ellos también en luz que disipó las tinieblas.

Puesto que Él era el sol de justicia, con razón llama a sus discípulos luz del mundo, ya que ellos fueron como los rayos a través de los cuales derramó sobre el mundo la luz de su conocimiento; ellos, en efecto, ahuyentaron del corazón de los hombres las tinieblas del error, dándoles a conocer la luz de la verdad.

También nosotros, iluminados por ellos, nos hemos convertido de tinieblas en luz, tal como dice el Apóstol: **Un tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz.** Y también: **Todos sois hijos de la luz e hijos del día. No somos de la noche ni de las tinieblas.** En este mismo sentido habla San Juan en su carta, cuando dice: Dios es luz, y el que permanece en Dios está en la luz, como Él también está en la luz. Por lo tanto, ya que tenemos la dicha de haber sido liberados de las tinieblas del error, debemos caminar siempre en la luz, como hijos que somos de la luz. Por esto dice el Apóstol: *Aparecéis como antorchas en el mundo, presentándole la palabra de vida.*

Si así no lo hacemos, es como si, con nuestra infidelidad, pusiéramos un velo que tapa y oscurece esta luz tan útil y necesaria, en perjuicio nuestro y de los demás. Por esto también incurrió en castigo aquel siervo que prefirió esconder el talento, que había recibido para negociar un lucro celestial, antes que ponerlo en el banco, como sabemos por el Evangelio. Así, pues, aquella lámpara resplandeciente, encendida para nuestra salvación, debe brillar siempre en nosotros. Poseemos, en efecto, la lámpara de los mandatos celestiales y de la gracia espiritual, acerca de la cual afirma el salmista: *Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero.* De ella dice también Salomón: *El consejo de la ley es lámpara.* Por consiguiente, **nuestro deber es no ocultar esta lámpara. de la ley y de la fe, sino ponerla siempre en alto en la Iglesia, como en un candelero, para la salvación de todos**, para que así nos beneficiemos nosotros de la luz de su verdad y para que ilumine a todos los creyentes.

EL APÓSTOL DEBE SER SAL Y LUZ (San Hilario)

Debemos ver aquí cuán apropiado es lo que se dice, cuando se compara el oficio de los Apóstoles con la naturaleza de la sal. Esta se aplica a todos los usos de los hombres, puesto que cuando se esparce sobre los cuerpos, les introduce la incorrupción y los hace aptos para percibir un buen sabor en los sentidos. Los Apóstoles son los predicadores de las cosas celestiales y son como los saladores de la eternidad. Con toda razón, pues, se les llama sal de la tierra, porque **por la virtud de su predicación preservan los cuerpos salándolos para la eternidad.**

Pero como el hombre está sujeto a la conversión, por eso nos advierte que los Apóstoles, llamados sal de la tierra, persisten en la virtud de potestad que les ha sido dada, añadiendo: *«Y si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada?»*

Si los maestros se vuelven necios, nada salan, y aun ellos mismos, habiendo perdido el sentido del saber recibido, no pueden vivificar lo corrompido, quedan inútiles. Por ello sigue: *«No vale ya para nada, sino para ser echada fuera y pisada por los hombres».* Separados de los oficios de la Iglesia, sean pisoteados por todos los que pasen.

Es propio de la naturaleza de la luz el alumbrar por cualquier parte que se la lleve y que introducida en las casas mate las tinieblas, quedando sola la luz. Por lo tanto, **el mundo, sin el conocimiento de Dios, estaba oscurecido con las tinieblas de la ignorancia.** Mas por medio de los Apóstoles se le

comunicó la luz de la verdadera ciencia, y así brilla el conocimiento de Dios y por cualquier parte que caminen, de su pobre humanidad brota la luz que disipa las tinieblas.

Llama ciudad a la carne que tomó, porque en ella, por la naturaleza del cuerpo que ha tomado, se contiene cierta congregación del género humano. Y nosotros, por la unión con su carne, resultamos los habitantes de esta ciudad. **No puede esconderse**, pues, porque colocada en la altura de la elevación de Dios, se ofrece a la contemplación de todos por medio de la admiración de sus obras.

El Señor comparó a la sinagoga con el celemín que, recibiendo en su interior los frutos, los contenía en cierta medida de su limitada observancia. O bien, la antorcha de Cristo se coloca sobre el candelero, esto es, suspendida en la cruz por la pasión, cuya antorcha había de producir una luz eterna a todos los que habitasen en la Iglesia. Y por lo tanto, dice: *«Para que alumbré a todos los que están en la casa»*.

Con esta luz enseña a los Apóstoles a resplandecer para que, **de la admiración de sus obras resulte grande alabanza al Señor**. De donde se sigue: *«De tal modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres que vean nuestras buenas obras»*. No porque convenga buscar la gloria que dan los hombres (puesto que todo debe hacerse en honor de Dios), sino que, disimulando nuestra obra a aquellos entre quienes vivimos, brille para Dios.

ORACIÓN PARA SER LUZ

Señor, lléname con tu luz (Cardenal Newman)

¡Oh, Jesús! Ayúdame a esparcir tu fragancia por donde quiera que vaya. Inunda mi alma de tu espíritu y de tu vida. Penétrame y aduéñate por completo de mí, de manera que toda mi vida no sea sino una irradiación de la tuya.

Ilumina por medio de mí. Toma posesión de mí de tal modo que cada alma con la que yo entre en contacto pueda sentir tu presencia en mi alma. Que al verme no me vea a mí, sino a Ti en mí.

¡Permanece en mí! Así resplandeceré con tu mismo resplandor, que será luz para los demás.

Mi luz vendrá toda de Ti, Jesús. Ni el más leve rayo será mío.

Serás Tú, Señor, el que iluminarás a otros por medio de mí.

Sugiere la alabanza que más te agrada, iluminando a otros a mi alrededor.

Que no te pregone con palabras, sino con mi ejemplo, con el influjo de lo que yo haga, con el destello visible del amor que mi corazón siente por Ti.

ANÉCDOTA "Limpiar la lámpara" (Santa Teresa de Calcuta)

En Australia, convento de Melbourne de Madre Teresa. En las "reservas" (inmigrantes de Asia) las hermanitas visitan a las familias. Les ayudan a limpiar la casa, lavar la ropa, etc. y si están enfermos les cuidan. Una vez Madre Teresa ve a un enfermo en situación terrible:

-Por favor, permítame que le limpie la cama".

-No, estoy bien.

-Va usted a estar mejor si le limpio y la aseo un poco.

-Bueno, de acuerdo.

Observé - dice Madre Teresa - una lámpara preciosa en una esquina de la habitación, sucia, llena de polvo. Le dije: *-¿Le gusta esa lámpara para que dé luz por las tardes?*

-¿Para qué? Durante años y años nadie me ha visitado, nadie ha venido a verme. ¿Para qué voy a encender la lámpara?

-¿Le gusta a usted la lámpara? - insistí - entonces la encenderemos para que vengan las hermanas.

La limpió y las hermanitas empezaron a ir a verle todas las tardes, y él siempre encendía la luz.

"Me olvidé completamente de él y al cabo de dos años me envió el siguiente mensaje por las hermanitas: "Díganle que la luz que ella alumbró en mi vida sigue encendida".